

pronto, ya le conocíamos el juego, y sin dificultad lo sorteábamos, ahora siento no haberle quitado al perro, pero me dió tanto coraje ver que le pegaba de pistolazos al pobre animal, que por eso mandé formar plaza, pero francamente mejor hubiera querido que acobardado el Sultán se hubiera retirado sin lograr su triunfo, ahora tendremos que estudiar al que lo reemplace y emplear nuestras estratagemas, que nos hubiéramos excusado si evitamos el acontecimiento; pero ya sucedió esa desgracia, y Dios haya perdonado á esos infelices, nadie sabe el fin que se le espera. En cuanto tuvieron oportunidad obligaron al Tapatío á que contara su historia, y continuara con la de Chepe que á los dos los ligaba, y accediendo, comenzó en los términos siguientes :

CAPÍTULO VI

Historia del Tapatío, segunda parte de la de Chepe
Botas, y trastornos de familia.

Vamos al cuento, dijo el Tapatío, ya les he dicho que soy Guadalupeño, natural de Pantitlan y por esta causa me dieron el sobrenombre de Tapatío, con que desde chico me distinguían de otros jóvenes que nos reuníamos para viajar en nuestro giro; digo nuestro, porque desde que salí de la escuela, andaba siempre con mi padre de encomendero, así les llaman por allá en casa á los que se encargan de conducir partidas de animales á su realización, y les pagan por su encomienda un tanto proporcional, ó les destajan precio moderado para dejarles á ganar alguna cosa. Mi señor padre había tenido esa ocupación por muchos años, su buena conducta y legalidad, le dieron mucho crédito con todos los hacendados y rancheros que confiaban á su eficacia y conocimiento sus intereses, anunciaba su marcha y ocurrían á mi casa sus amigos trayéndole los animales que se había propuesto realizar en ese viaje, según él calculaba la buena época de que valieran ó que le habían encargado, como caballada bruta ó mansa, mulada, pastorías, en fin lo que se proporcionaba; como tenía algunos fonditos suyos, también hacía compras por su cuenta para comerciar, se reunía la partida, á cada dueño se le abría su cuenta, á algunos les anticipaba cantidades, y con los aventureros que nos servían de criados en cada viaje marchábamos para Mexico, tierra Caliente, Puebla, ó hasta donde se podía vender la última cabeza, sino era que por todo el camino veníamos realizando, y ya sólo el resto llegaba á la capital; se recogía el dinero, se compraban encargos de los mismos dueños y hasta que regresábamos á la casa, se hacían las liquidaciones, y entregaban los alcances á

cada sujeto. Yo llevaba los apuntes, hacía recogidas, y algunas veces iba solo al viaje por enfermedad de mi padre ó algún otro inconveniente, sin que por eso se resintieran en nada los intereses de los señores que nos dispensaban su confianza, pues conocía yo por el ejemplo de mi padre perfectamente los negocios hasta el grado de que hallándose medio achacoso, yo cubrí su lugar y continuamos en el comercio sin contratiempo extraordinario, pues los percances comunes de pérdida de animales, drogas de algunos marchantes, etc., no es fácil poderlos evitar; yo tenía primero una gratificación en cada viaje á proporción de como nos iba, luego me puso mi padre á medias, y por fin, él llevaba la voz, yo tenía todas las utilidades ó pérdidas de las encomiendas, y hacía además de sus compras otras para mí, manejándome mi dinerito por separado; no perdía yo tiempo, pues apenas volvía de un viaje cuando ya me había alistado otro, y hacíamos un negocio muy regular, tenía yo veintiséis años y ya contaba con un puntero regular mío.

Ya hacía más de tres años que estaba yo enamorado de la hija de D. Julián el boticario, quien también hacía veces de médico y cirujano, y aunque no se recibió en la facultad, era muy acertado ó inteligente, de modo que allí hacía de todo, tenía buena fama, era muy eficaz y también estaba haciendo su negocio, pues además de sus visitas y medicinas, emprendía en siembras, comerciaba en semillas, y no tenía un pelo de tonto; su hija única en unión de la mamá, corrían con las cosas de adentro de la botica, hacían los cocimientos, jarabes, etc., y el despacho lo atendía un viejecito dependiente muy honrado; con eso todos medraban y fué progresando D. Julián, compró una casa vieja en la plaza, la reedificó con todas sus oficinas necesarias y le hizo cuantas comodidades le fueran posibles, ya era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, su esposa tendría diez menos, y Victorina iba á cumplir diez y nueve; como yo la idolatraba, me parecía una Diosa, mas al decir verdad, era regularcita de figura, morenita, de ojos grandes, pestaña muy larga y arremangada, nariz afilada, boca regular, la barba partida, de pelo castaño oscuro y de regular estatura, y lo que más me agradaba era su estilo llano, franco, no era presumida, muy trabajadora y de un genio bellissimo; seguíamos nuestra

amorosa relación muy entusiasmados, guardándonos la mayor consecuencia, y yo sólo esperaba completar siquiera dos mil pesos libres de mi capitalito para verificar nuestro casamiento, pues tanto ella como yo queríamos vivir solitos sin necesitar del auxilio de nuestros tatas; pero al paso que yo tenía tal empeño, no faltaban contratiempos que me impedían lograr mi intento, pues habiéndose por ese rumbo desarrollado la revolución sufrí mil atrasos, detenciones, y pérdidas; en esa época maldecida las convulsiones políticas tomaron más incremento, formando parte una punta de pillos, que improvisando sus guerrillas robaban á mansalva poblaciones enteras, cometiendo mil excesos que les sugería su feroz instinto, y casi era un albur el que jugaba yo en cada viaje, dándome por librado si llegaba á escapar en un camino tan largo de las garras de tantísimo bandido como se soltó por todas partes. Había yo partido para México, cuando una noche se tuvo noticia en el pueblo de la aproximación de los pronunciados que ya estaban muy inmediatos; comenzó la gente á encerrarse, otros á escapar por los sembrados, los tenderos á dar portazos, ocho ó diez indios que custodiaban la cárcel se subieron á la torre y echaron unos cuantos tiros, y en cuanto vieron que se los contestaban, largaron los fusiles y corrieron por las bóvedas á descolgarse para el curato y se dispersaron como pudieron. Los valientes pronunciados como de costumbre dieron libertad á los presos, y se dispersaron por el pueblo, á sus depredaciones. D. Julián que sabía muy bien la perversa conducta de aquellos infames, se supuso como era de esperar, que su casa como era una de las principalitas les llamara la atención y fuera una de las que sufrieran el saqueo; no se ocupó sin embargo, más que de decir á su dependiente que atrancara, echó al pozo algún dinerito que tenía junto y alhajitas en triples talegas para que resistieran, y procuró ver cómo libraba á su mujer y á su hija, consultó con ellas y de común acuerdo, les ocurrió salirse por la puerta falsa y ocultándose por las milpas, esconderse en la barranca; diciendo y haciendo se salieron, penetraron por una laborcita, el tránsito de aquellos hombres desperdigados les impidió tomar por los callejones, á cada paso eran detenidos por varios inconvenientes de cercas, zanjas, etc., la noche era obscurísima, y

encomendándose á todos los santos del cielo seguían andando á la aventura, descaminados, sin saber qué rumbo llevaban, hasta que la casualidad les deparó una casuchilla vacía á la salida del pueblo, en un lado del camino, la que sus moradores infelices abandonaron también; calcularon que por ser de una pobre apariencia no les había de llamar la atención, y mucho menos cuando los consideraban engolosinados robando otras mejores, pues aquel jacalito no tenía absolutamente nada de codiciable, se acomodaron en un rincón y á cada galope de caballo, ruido ó voces, renovaban sus oraciones. El alcalde constitucional con cuatro ó cinco vecinos quiso reforzar á los de la torre, pero al ver que habían desaparecido, recogió el parque y armas y se bajó al cementerio, cada uno se atrincheró en una almena de la barda, y á cuantos desembocaban á la plaza les afligían de lo lindo, de manera que eso obligó á los bandidos aquellos á dispersarse y sólo cometer sus excesos por las casas de los suburbios donde no había quien les resistiera. La mía situada á dos cuadras de la plaza no tenía mayor vecindad, pero se subió mi padre á la azotea con sus criados armados, y no se dejaron arrimar á ninguno, á la madrugada, los bandidos en su mayor parte borrachos tocaron retirada, ya tenían convenido el punto, y cada cual se encaminó á él por donde le pareció; el cabecilla con otros cuatro iba pasando cerca del jacalito donde se ocultaba D. Julián, cuando se oyó un tropel de muchos que corrían gritando: — El enemigo, el enemigo, y azotaban sus caballos, tiraban tiros empeñados en aventajarse unos á otros. — ¿Oyes, compadre? dijo el jefe á uno de sus compañeros. — Son esos malditos que como están tomados, vienen jugando, le contestaron. — Pues nos haremos á un lado, no vaya á ser que jugando jugando nos den un pelotazo, los dejaremos ir adelante y mientras nos meteremos en ese jacal. Picó su caballo y todos se metieron dentro, D. Julián arrinconó á sus mujeres y se puso á custodiarlas con su cuerpo, conteniendo todos hasta el resuello, reculó un caballo, le dió un pisotón, metió la mano, le tocó el anca, y tiró un par de patadas, que aunque no le cogieron de lleno fueron suficientes para tirarlo sobre su mujer y su hija, que al sentir su cuerpo caer á plomo, dieron un lastimero grito. — Ola, ola, dijo uno de aquellos bandidos prepa-

rando su carabina, no estamos tan solitos, mi jefe; saca lumbre, Chato, apéate, Lilo, y ten allá fuera los caballos, veremos qué duendes son éstos. — Aquí hay lumbre en el clecuil, dijo el llamado Chato, removiendo el rescoldo, soplando y echando pedazos de tejamanil del tejado, logró que hicieran llama y alumbraran. — Esta es la mía, dijo el tal jefe luego que percibió á Victorina; cógete á la otra, compadre, y vds. amárrenme á ese fantasma. No valieron lágrimas, súplicas ni nada, D. Julián maniatado, mordiendo el suelo de rabia, fué testigo de los brutales excesos cometidos con su mujer y su hija, burlándose todos de la primera, pues la segunda no quiso abandonarla el jefe; se sentó en las ancas de su caballo, le envolvieron la cabeza con su rebozo, le ataron las manos por detrás con un ceñidor, y atravesada en la silla boca abajo como borrego, marchó contentísimo de su hallazgo. Ella continuamente hacía esfuerzos para dejarse ir de cabeza, pateaba, quería gritar, pero la férrea mano que la sujetaba hacía inútiles sus tentativas; la posición no podía ser más incómoda, oprimido el estómago contra el fuste de la silla, le hacía difícil la respiración, el rebozo enredado en la cabeza, la sofocaba, sintió que la sangre se le bajaba á la cara, que sus ojos se inyectaban, sus oídos zumbaban, y no pudiendo resistir, colgó la cabeza y se abandonó completamente descoyuntada; entonces el bandido hizo que se la acomodaran en la silla sentada, le quitaron las ligaduras, y privada de sentidos llegó con ella á un rancho situado poco más de una legua del pueblo, rumbo al poniente, que era el camino que llevaban. Los pobres rancheros de aquel lugar habían abandonado sus casas y remontándose, desde que los borrachentos guerrilleros que antes pasaron los pusieron en alarma, de manera que el jefe se encontró con la habitación absolutamente sola, colocó á su presa en el primer petate que halló á la mano, y seguro de que nadie los perseguía, se determinó esperar á que esclareciera el día para continuar su camino con su preciosa carga, procurando entretanto ver si podía hacerla volver de su desmayo.

— ¿Qué sucede, compadre, dijo su segundo, nos vamos ó te esperamos, pues no dilata en reventar la aurora? — Siempre véte yendo, compadre, respondió el jefe, no vaya á ser que esos

muchachos vayan por ahí á descarrilarse, procura juntarlos y me esperan en el contadero de la estancia chica, yo no más aguardo que se recupere tantito esta niña para llevármela. — De que tú te endiosas con las Hijas de Eva eres moro al agua. — ¿Cómo no me he de endiosar, compadre, si esto es un querubín? mira qué cosa tan linda, y dándole una fuerte chupada al puro medio alumbró el pálido rostro de su víctima. — Pues ya que Dios te la dió, San Pedro te la bendiga, de veras que eres hijo de la fortuna; ahí queda tu caballo afuera amarrado, y hasta luego. — Hasta luego, y dile á mi asistente que se ponga de centinela en el carril y me avise si hay alguna novedad.

A poco de haber descansado Victorina y recibido el fresco de la noche, fué volviendo poco á poco en sí, y por miedo de que aquellos hombres la mataran se estuvo haciendo la privada y oyendo lo que decían. El jefe con la mayor confianza abrió una ventana que daba para una labor, y estuvo escuchando gran rato, luego puso sus armas sobre un mueble que estaba inmediato á la niña aletargada, y salió á ver en qué sitio quedó su caballo. En este intervalo ella se medio enderezó, á la escasa luz de la madrugada, pudo ver en un instante lo que la rodeaba, y su primer pensamiento fué escaparse por la ventana; pero cuando quiso pararse oyó los pasos del bandido que penetró en aquella pieza, y aunque violentamente se volvió á acostar no pudo hacerlo pronto, y él notó que se había meneado, por lo que presuroso se le acercó haciéndole mil torpes caricias que ella fingía no sentir, hasta que desesperada después de mil proyectos que discurrió se resolvió á poner fin á aquella escena, se medio incorporó rechazando indignada la mano de su verdugo, y exhaló un ay lastimero. — ¿Qué le aflige, chula? ¿qué quiere, mi vida? dijo el bandido. — Tantita... agua, respondió con voz dolorida. — Voy á traerla, querida, y salió en busca de ella; entonces Victorina se enderezó presurosa, de las armas que estaban allí cerca quiso tomar las pistolas, pero dijo para sí: — Yo no sé manejar esto, tengo miedo, mejor es esta daga. La empuñó desnuda ocultándola debajo de su rebozo, se hincó y haciendo mil invocaciones á los santos de su devoción, se sentó sobre los talones y esperó resignada á darle á aquel infame una

puñalada en la primera ocasión oportuna, ésta no se hizo esperar, pues á poco apareció aquel hombre feroz con un jarro con agua, se hincó enfrente de ella en la orilla del petate, y con semblante lleno de maliciosa sonrisa le dijo: — Beba, primorosa, beba, que á mi lado siempre tendrá buen pesebre, y trató de hacerle un cariño en la cara; ella irritada, ofendida, despechada y ciega de cólera, se armó de valor, y sin esperar á más ni darle tiempo á que sospechara sus intenciones, le sepultó la daga en el estómago parándose llena de susto, y temblando de miedo. El bandolero cayó de espaldas dando un fuerte bramido, y al empezar á proferir una maldición, una bocarada de espumosa sangre que arrojó por la boca, le privó de la vida, y continuó arrojándola también por las narices cual un toro degollado. Victorina azorada y convulsa se brincó por la ventana internándose por las labores, y continuó huyendo aprisa en cuanto se lo permitía su desfallecido cuerpo; estaba tan llena de pavor que no advertía el camino que llevaba, hasta que llena de fatiga se puso á la orilla de una barranca bastante distante del rancho á tomar aliento á tiempo que aparecía el sol por el Oriente, allí con algún reposo empezó á reconocer el terreno, pero por más que se afanaba no pudo saber el sitio en que se encontraba, sin atreverse á continuar andando temerosa de extraviarse por aquellas barrancas y precipicios.

El asistente del bandido que estaba de avanzada, en cuanto vió que el sol salía y su jefe no lo llamaba, se metió al rancho, y fué grande su sorpresa al encontrárselo tirado en el suelo y bañado en su sangre con la daga metida hasta el puño, acomodó el cuerpo en su silla, montó en ancas, y estirando el otro caballo procuró cuanto antes alejarse de aquel sitio, llevándose también cuanto hubo á las manos, y amontonando combustibles les prendió fuego para vengar de algún modo la muerte de su digno jefe, el incendio tomó cuerpo, y esto hizo conocer á sus moradores que se habían ausentado los bandidos, y bajaron precipitados á ver si conseguían apagar ó liberrar alguna cosa. Casualmente por donde estaba Victorina apareció un muchachito pastor que llevado de la curiosidad iba para el rancho, allí lo detuvo ella, y á fuerza de súplicas y promesas alcanzó que la acompañara hasta su casa. Se pusieron en camino, y

atravesando sembrados, subiendo y bajando cuestras y barrancas, llegaron á las once de la mañana al pueblo, siguieron cortando camino por las milpas y por fin llegó á la puerta falsa de su casa sin que persona alguna la hubiera visto, llamó presurosa y desde luego le abrió su mismo padre, que con intención de ir en su busca estaba ensillando su caballo; ambos se estrecharon con más elocuencia que las palabras, gratificó Victorina al pastorcillo con una buena gala y éste fué el único que sobre aquella desgracia tuviere algún antecedente insignificativo. Con la madre también hubo iguales sensaciones, y no pudiendo resistir aquella pobre señora tantos golpes y mal trato que tuvieron que emplear aquellos pícaros para burlarse de ella, sucumbió á los treinta y ocho días después de mil padecimientos de todo género. La niña no fué menos estropeada, pero la juventud ayudó á su restablecimiento; D Julián también lleno de contusiones, desesperado de presenciar aquella escena infame, pudo después de haberse marchado los bandidos, desatar con los dientes las ligaduras de su esposa, y ésta ya libre pudo soltarlo, llenos de aflicción y sofocando sus lamentos procuraron cuanto antes volver á su casa, llorando en silencio su infamia y sobre todo la pérdida de su hija; aunque luego trató el padre ir en busca de ella, la quebrantada salud de su esposa demandaba desde luego sus auxilios, y esto lo ocupó hasta la hora en que dejándola recogida en su lecho de dolor, y haciéndose fuerte á sus propios padecimientos, se dirigió al corral á ensillar su caballo, á tiempo que Victorina llamó por la puerta falsa.

Como de este lamentable suceso ninguno tuvo noticia, naturalmente sólo quedó guardado el secreto entre los mismos interesados que sobrevivieron á su desgracia, la hija que sin cesar lloraba, y el padre que no hallaba cómo tranquilizarla. Yo regresé un mes después de la catástrofe, supe el acontecimiento general en el camino, y me volví lleno de inquietud, pero quedé tranquilo al saber que los pronunciados sólo habían hecho algunas depredaciones por los suburbios, sin atreverse á entrar á la plaza ni á ninguna parte donde les hicieron resistencia; estuve á visitar á mi amada y me la encontré muy afligida por la enfermedad de su mamá; notando en su sem-

blante palidez, en sus lindos ojos lágrimas, me supuse que la pesadumbre, desveladas y cuidados, la tenían marchita y atormentada, tomé parte en su pesar procurando por cuantos medios pude consolarla, tratando de que se resignara á quedarse sin madre, pues no dudé de la gravedad de la señora.

Era urgente volver con una partida que mi padre me tenía dispuesta, y lleno de pesar considerando la gran aflicción de mi idolatrada Victorina me despedí, ella como loca me estrechó frenética, derramando un torrente de lágrimas, y se desprendió bruscamente de mis brazos haciendo un poderoso esfuerzo como si ya nunca nos volviéramos á ver, yo atribuí aquel arranque al pesar que dominaba su corazón por la suma gravedad de la madre, mientras la infeliz lloraba no sólo por eso, sino porque había conocido su situación que iba siendo cada día más crítica, y habiéndoselo comunicado á su padre, éste no puso duda en que su desgracia era inevitable. La señora murió á los diez ó doce días después de nuestra separación, yo tuve en ese viaje mil contingencias, y aunque no se perdió el dinero, perdí mucho tiempo en rodeos y otras cosas que me hicieron dilatar casi tres meses; cuando regresé me la encontré de luto, apenas pude hablarle en presencia de su padre, y mi visita más bien fué como de pésame que como de amante, renovó sus lágrimas y nos volvimos á separar, calculando no más echar ese otro viaje mientras se le pasaba el luto, para arreglar nuestro casamiento, y así lo indiqué lo cual puso á la infeliz en más conflicto, pues su estado de gravidez se desarrollaba diariamente. Esa última expedición que conducía yo caballada, fué más penosa que la anterior, pues cuantas guerrillas pululaban por mi tránsito tenían empeño en quitarme la partida, y caminando de noche y con mil rodeos pude llegar á la capital en donde acabé de doblar las manitas, pues huyendo de las llamas caí en las brasas, porque estando disponiendo el gobierno montar gente para sostenerse, no se pararon en el precio los comisionados, pero en cuanto al pago me anduvieron trayendo de Herodes á Pilatos, haciéndome gastar cuanto llevaba y aun entregarme para poder subsistir, hasta que pude lograr una orden de pago para Querétaro; allí volví á sufrir más detención, y en abonos diarios pude con mil afanes y á costa de gratificar á los em-

pleados recoger el dinero, en resumen, me demoré cuatro meses largos, sufriendo una regular pérdida que truncó mi principalito.

En todo este tiempo no faltó quien quisiera reemplazarme, pues siendo Victorina una regular muchacha, y teniendo su padre una fortuna que allí le codiciaban más de cuatro, un tal D. Indalecio empleado en el peaje, que casi fué á dar desnudo dos años antes, echó su manoteada y ya quería pisar más alto y hablar recio porque se había robado alguna cosa, trabó conocimiento con la criada que llevaba poco tiempo de estar sirviendo en la casa, y le preguntó: — ¿En qué estado está la niña? — Muy afligida, señor, muy triste. — ¿Y todavía tiene sus amorcitos con Juan Navarro? — ¿Cuál de los Navarros? — ¡Cómo cuál! Juan el partideño, el hijo de D. Ramón. — Pues yo creo que ya no hay nada, porque si tal cosa fuera se alentara, no estuviera tan metida en su recámara ni cada rato llorando á excusas del amo. — Seguramente quebraron y por eso es que el sujeto no ha vuelto á poner un pié aquí. — Eso ha de haber sucedido, señor, porque ella no manifiesta ninguna inquietud por su ausencia, y como tal vez lo amaba de ahí viene su pesar, lloriqueos y quejas cuando se encuentra solita. — Pues vamos al asunto, señora, le doy una buena gala como haga vd. que este papel llegue á manos de esa niña, y si logro que corresponda á mis pretensiones, de mi cuenta corre que vd. quede bien puesta. La conquistó y remitió su epístola. Victorina se llenó de indignación al encontrar el papel en su almohadilla, y por no armar mitote despidió á la criada sin entrar en explicaciones; por cuantos modos pudo D. Indalecio hacerle saber su amor fueron inútiles, y fastidiado se resolvió á declararse formalmente de una manera más solemne; presentándosele á D. Julián pidiéndole la mano de Victorina con la mayor desfachatez. Sorprendido de aquella demanda, pues no ignoraba nuestra relación, y esto más que todo lo tenía muy afligido, se revistió de paciencia y contestó: — Yo creo que mi niña no piensa tomar estado, mas sin embargo, consultaré su voluntad y dentro de ocho días le daré su resolución. — Está muy bien, señor D. Julián, si vd. quiere tomar informes de mi persona y... — Eso será para más tarde, caballero, primero veremos cómo ella piensa.

Al tercer día de esta ocurrencia llegué yo de mi viaje, luego luego mandé un recado, me informaron de que estaba mala, y esto me puso en sumo cuidado, en la noche á fuerza de repetir en la ventana de su recámara los toquecitos convenidos, logré que muy entrapajada se asomara, á la luz de la luna que muy hermosa brillaba, advertí su rostro marchito, sus ojos inflamados de llorar; su salutación fué alargarme la mano, la que yo tomé frenético entre las más diciéndole mil ternezas, ella cual una Magdalena prorrumpió en copioso llanto, sin poder articular una palabra; en vano procuré enjugar aquellas preciosas lágrimas que me enloquecían; cuanto más me empeñaba en hacerle cariños, en pintarle mi amor con las palabras más tiernas y las expresiones más dulces, más y más aparecían á chorros inundando sus mejillas, hasta que persuadido de que no era fácil contenerlas, me despedí, ella sola retiró su mano, y al cerrar la vidriera me dijo con voz balbuciente: — Adiós, y sin retentiva continuó sollozando y lamentándose. Yo que desde la calle la escuchaba, hubiera querido romper aquella maldita reja que me impedía precipitarme adentro para consolarla; por fin me retiré lamentando su tristeza, diciendo: — No se puede negar que el corazón de esta niña es muy sensible, el fallecimiento de la mamá la tiene preocupada, cada día la ha de ir extrañando más, le falta su abrigo, echa de menos sus caricias, en fin, era su madre y tiene mucha, muchísima razón para llorarla; con esta acción más me enamora, me encanta y es necesario cuanto antes celebrar nuestro matrimonio, distraerla, desvanecer sus tétricos pensamientos, aliviar sus penas, en suma que tenga otra clase de vida, porque es capaz de perder el juicio si sigue lamentando su orfandad, y si tal cosa acontece era yo capaz de enloquecer también, suicidarme, ó quién sabe qué sucedería conmigo.

Al otro día le declaré á mi padre mis proyectos, le conté sin embozo mi pasión por Victorina, y lo obligué á que desde luego fuera á pedírsela á D. Julián. No lo pudo lograr ver sino hasta en la noche, y como buenos amigos después de los preámbulos de estilo, le comunicó su embajada. D. Julián aunque ya esperaba aquel lance, se llenó de confusión y para contestar algo se limitó á decirle lo mismo que á D. Indalecio, que consultaría

la voluntad de su hija y le avisaría su parecer, no atreviéndose á declararle por vergüenza, el gravísimo inconveniente que había para admitir su proposición, con ánimo de estudiar el modo de confiarle su desgracia en el seno de la amistad, pues teniendo Victorina cosa de seis meses de embarazo era imposible ocultarlo, y la infeliz con pretexto de estar mala no salía de su recámara, donde cargándose su agravante situación desahogaba su pena con llorar.

Mi padre se retiró molesto y agraviado, pues se supuso que su demanda sería desde luego aceptada con gusto por su amigo y al notar su sorpresa creyó que como ya tenía su dinerito, el orgullo le hizo demostrarse con frialdad. — ¿Si no tenías conquistado el amor de esa niña, y granjeádote el aprecio de su padre para que no fuera mal recibida tu pretensión, para qué me comprometes, Juan? me dijo mi padre con marcado malestar. — ¡Cómo no, señor! hace más de cuatro años que nos queremos, hemos tenido la más sincera relación que por grados ha ido convirtiéndose en un amor inextinguible; D. Julián me hace mucho aprecio, y si yo no he publicado nuestra mutua correspondencia, es porque he sabido respetar la virtud de una niña, el honor de su casa y el respeto de su papá; ¿y qué contestó, señor padre? — Allá de una manera indecisa, fría ó qué sé yo; me dijo que consultaría á su hija y me avisaría su resolución; pero yo no he dejado de molestarle porque aunque él es un caballero y con su ciencia está haciendo su fortuna, yo no soy menos y los cuatro tlacos que tengo los he ganado á vista de todo el mundo con el sudor de mi frente; creo que por orgulloso no me gana y yo le haré entender que al enlazarle con su niña, ellos serán los que reciban más honor con el entrecamiento.

Yo no hallaba qué inferir de aquello, en vano fui á tocar á la ventana de Victorina, nadie apareció por allí, había mudado de dormitorio y me retiré lleno de inquietud. Al otro día quise informarme con la criada, y ésta me dijo que la niña se había retirado hasta la última pieza interior, de donde no salía para nada, porque según le parecía su padre había recibido mal la pretensión de D. Indalecio que la fué á pedir para esposa. — ¡Cómo! exclamé sorprendido, ¿ese filiriche-se ha atrevido á se-

mejante cosa? — Sí, señor, la otra tarde estuvo á ver al amo, yo salí á dejar un jarabe al despacho y antes de atravesar por el escritorio estuve oyendo todo, el señor desde ese día está de mal humor y la niña llora sin cesar, por eso creo que... — Ya no quise saber más, la cólera me ahogaba, y empecé á suponerme mil cosas, creyendo que las lágrimas de Victorina eran por burla, que no quería hablarme, porque su crimen le impedía el uso de la palabra, que se ocultaba de mí, porque falsa é inconstante no tenía cara con que verme, y que si ella no hubiera correspondido á aquel infame, no se hubiera tampoco atrevido á pedir su mano sin contar con ella, y tener una confianza para lograr su empresa, con razón me saludó con sarcasmo al pasar por el peaje, en fin, tanto, tanto me puse á pensar y quería en aquel momento hacer, que no hice nada, me daba vergüenza contarle á mi padre aquel incidente, estuvimos muy ocupados todo el día en repartir su dinero á los dueños de la partida, y no sé ni cómo hice las liquidaciones, dificultándoseme más y más tener una entrevista con la ingrata Victorina.

Esa misma tarde ocurrió D. Indalecio á saber la respuesta, D. Julián secamente le dijo que prescindiera de sus pretensiones, porque su hija no pensaba en casarse. — Pero, señor, yo quisiera se sirviera vd. explicarme la causa de su negativa; yo sé muy bien que su corazón está libre, infórmese vd. de mi familia, de quién soy yo, tal vez ese es el inconveniente y... — Nada de eso me importa saber, señor mío, la contestación no puede ser más clara, no quiere casarse con vd. y se acabó. — Entonces tal vez otro ha sido más afortunado, ya caigo, soy un necio, de eso ha dimanado su continuo llorar, el excusarse de las gentes, el no querer contestar á mis cartas, y ese misterio que tanto ha dado en qué pensar á todo el mundo, sí, señor, ya lo sé. — ¡Cómo! ¿vd. ha sabido algo de?... — Todo, señor D. Julián, del cielo á la tierra no hay nada oculto, y le prometo á fe de hombre que ese sujeto no se ha de quedar riendo; no así no más se burla á... — Silencio, D. Indalecio, silencio, pero ese infame ya está juzgado de Dios, y muy caro pagó su... — Eso le habrán contado á vd., esas son supercherías, ese bribón se anda paseando, lo conozco como á mis manos, y aunque su niña no me lo agradezca ni vd. tampoco, yo he de vengar su

ultraje ó me quito el nombre de Indalecio; adiós, caballero, adiós. — Pero, hombre, no vaya vd. á promover un escándalo y ponga la situación más complicada, no solicito su favor, me niego á que tome parte y... — Adiós, adiós, dijo el peajero, saliéndose sin querer escuchar nada, ciego de rabia diciéndose a sí mismo: — Voy á alistar mis pistolas y le pego un tiro á ese pícaro de Juan Navarro que se ha mofado del candor de una niña, presume de valiente porque tiene sus mediecitos, yo le bajaré el orgullo, castigaré su audacia, y Dios me tenga de su mano.

D. Julián quedó con mucho cuidado, pensando que lo que el peajero sabía iba á causar su pública deshonra, que la desgracia que lamentaban en silencio no era ya un secreto, y temía las fatales consecuencias que de aquello resultaran, cuidándose de no decir nada á su hija por no afligirla más de lo que estaba. Como á las diez de la mañana del día siguiente, lleno de dudas, celoso, y con mil zozobras, no quise tener paciencia, me eché en una bolsa mi puñal, y en otra las cartas y prendas de Victorina, y sin más preámbulos me metí á ver á D. Julián, con el fin de saber de su propia boca mi sentencia, y si su hija había cambiado de modo de pensar como me lo suponía, devolverle sus cosas, decirle cuatro frescas y prescindir de ella para siempre. Me recibió con el afecto de costumbre, me hizo entrar á la sala, y allí solitos le dije: — Señor D. Julián, hace más de cuatro años que su niña y yo nos hemos querido con la pasión más ardorosa, con el amor más firme, como lo puede vd. ver por estas cartas de su puño y letra, aquí están sus prendas que justifican su palabra de ser mi esposa, yo había demorado esta ocasión porque estaba reuniendo con mi trabajo un principalito mío para que no estuviéramos atenidos á nuestros padres, luego la enfermedad de su mamá y después su fallecimiento, han entorpecido mis planes, ahora vengo exclusivamente á pedírsela, á que vd. bendiga nuestra suspirada unión, en una palabra, á que me haga el hombre más venturoso dándome su consentimiento. — ¡ Pero, Juanito, vd. ! — Sí, señor, yo sólo quiero saber mi desengaño, tenga vd. mi puñal y si considera que soy indigno de merecerla, sepúltemelo en el pecho antes que escuche de su boca una negativa, por el amor de Dios,

señor D. Julián, que me despene, porque de salir desairado de aquí, prefiero la muerte, he tenido estos últimos días unos tormentos atroces, quiero de una vez palpar un desengaño, me han contado unas cosas que me han traspasado el alma, quitado la quietud, y puesto en el mayor cuidado, se lo confieso á vd. como lo siento, si la indiferencia con que ha tratado vd. á mi padre procede de que yo lo haya ofendido ó cometido algún desacuerdo, castígueme á mí solo esa falta involuntaria; hábleme vd. con franqueza para corregir mi conducta; dígame ¿ qué es lo que debo hacer para granjear su voluntad ?

— Nada, nada, Juanito, pero Victorina creo que... — Que ha pensado de distinto modo, ¿ no es así ? pues bien, señor D. Julián, permítame por lo que más estima, por la memoria de su esposa que le fué tan querida, que le hable á su niña dos palabras aquí en su presencia, quiero que si le he dado algún motivo para esa mudanza me lo diga. — No es necesario, Juanito, yo podré informar á vd. de... — Se lo vuelvo á suplicar, señor, permítame que la vea, que ella misma me dé sus disculpas ó las razones que tenga para demostrarse... — Ya le dije que yo puedo explicarle este misterio y... — Pues yo no quedaré satisfecho, señor, y por el amor de Dios concédame esa gracia, mífreme á sus plantas implorando su favor, quiero verla, quiero que hablemos y descorrer este misterioso velo que me ciega, que destroza mi afligido corazón. Tanto insté y supliqué, que al fin el pobre hombre accedió diciendo: — Levántese, Juanito, ya que vd. se empeña sea en buena hora, voy á mandar á Victorina, y Dios los ayude. Se internó para las otras piezas, diciéndose: Quizá ella tendrá más valor para decirle á este pobre muchacho la verdad, me evitaré de esta humillación, y estaré á la vista de lo que acontece para apoyar su dicho, esto ya no puede estar oculto por más tiempo, apuremos de una vez la copa de la amargura. A poco tiempo apareció Victorina cubriéndose la barriga con las puntas de su rebozo y el semblante ruborizado, apenas dió unos cuantos pasos y se sentó en la primera silla que vió más cerca diciendo con voz compungida: — ¿ Cómo te va, Juanito ? Agachó la cabeza y comenzaron á rodar las lágrimas por sus mejillas. Yo que parado esperaba que como otras veces se arrojara en mis brazos con carita de fiesta, me

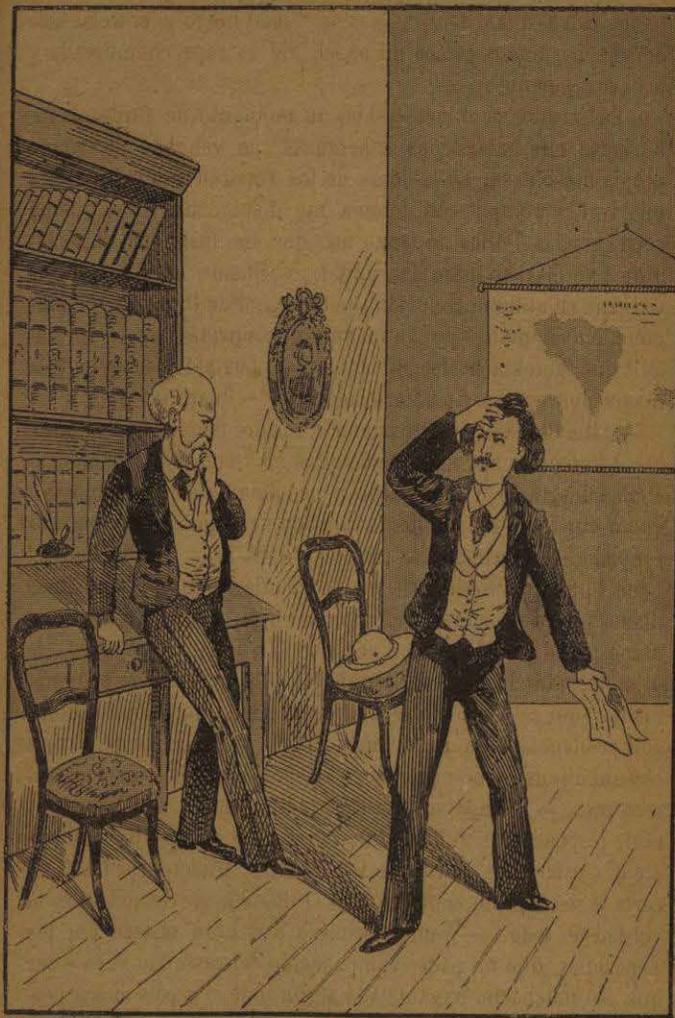
quedé absorto contemplándola, al mirar su desaliño, la palidez de su rostro, su resfrío y sobre todo, sus lágrimas tan fuera de tiempo, sólo pude contestarle con seriedad: — Señorita, buenos días, y me quedé perplejo suponiendo mil cosas que á tropel se agolpaban á mi acalorada mente, mientras ella derramaba un copioso llanto. Así duramos un rato, hasta que encendido en ira me acerqué diciéndole: — Basta ya, Victorina, de fingidas lágrimas que provocan mi paciencia, ahí le devuelvo sus prendas, no hay nada de común entre los dos, demasiado me ha dado en qué entender con su silencio, ya sé el motivo de su mudanza, no ignoro la causa de su tristeza, y en vano ha querido dorarme la píldora con su mentido sentimiento, ya estoy bien impuesto de su infamia; adiós para siempre. — ¡Cómo! dijo hecha una Magdalena, ¿ya sabes?... — Sí, sí, todo lo he sabido de buena letra, gana que trates de disimular tu infidelidad, tu... — Bastante me resistí, Juanito, sólo por la fuerza pudo... — ¡Qué cuentos ni qué enredos! la que quiere, quiere, la que no grita, como eres tan frágil, tan inocentita y... — Mi propio padre es testigo, sólo la fatalidad, la desgracia que nos persigue; pero ahí está Dios que... — Calla mujer, calla, no tomes á Dios por testigo de tu falsedad; pero te ofrezco que no se saldrán con la suya, voy á darle á ese piojo resucitado más metidas, que besos le dió su madre, y salí precipitado para el patio en lugar de tomar la puerta del despacho, tal era mi aturdimiento y mi cólera. — Estás en un error, Juanito, me gritó parándose á seguirme llena de inquietud. — D. Juan, D. Juan, escúchenos vd., decía su padre presentándose también. Yo en cuanto desconocí el camino volví á entrar á la sala empuñando frenético mi belduque, y parándoseme Victorina enfrente me decía: — ¡Juanito! ¡Juanito de mi vida! atiende á nuestras palabras, por María Santísima, y juntando sus manos en ademán suplicante se le cayó el rebozo y le fui mirando tamaña barriga, esto acabó de irritar mi rabia, iba ciego á darle una puñalada, pero sólo pude decirle sorprendido: — ¡Esto más! ¡maldita seas! Voy á saciar mi venganza, á traspasarle el corazón á ese maldito peajero. Le di un empujón para abrirme paso, y salí precipitado sin escuchar á nadie, atropellando con cuanto encontré; Victorina cayó atacada de fuertes convulsiones

y dolores extraños, su padre se ocupó en atenderla, y yo me ausenté diciendo para mí: — Con razón estaba tan empeñada en casarse, pues ya les chilló el cochino y no es nada extraño que D. Julián hubiera tratado á mi padre con frialdad, cuando ella me acaba de confesar que está al tanto del negocio, y el viejo con afán se empeñaba en declarármelo para que no hubiera yo visto materialmente su estado infame y degradante. Pregunté á varios por el peajero y me aseguraron que estaba en el barrio de la Asunción jugando gallos, para allá me dirigí derecho cortando camino por varios callejones y al torcer en uno de ellos nos encontramos y luego le dije tomándole un brazo: — Si es vd. hombre y no le tiene apego á la vida, vámonos por ahí lejecitos á darnos una llegada. — Vamos, me contestó, yo le enseñaré á... — Silencio, siga de frente, y si no anda aprisa diré que es un cobarde. Me lo llevé á la loma de los Tepozanes cosa de seis ú ocho cuabras distante, y allí desenvainando mi puñal le pregunté: — ¿Cómo quiere que nos matemos? si no trae armas, tiraré mi puñal y nos rifaremos á las trompadas. — Cada cual se defienda como pueda, me respondió á tiempo que sacando una pistola preparada me la disparó á boca de jarro sin darme tiempo de acabar de hablar; indignado de su alevosía me le cerré metiéndole mi puñal hasta la cacha por un vacío, á la vez que con la mano izquierda le alcé la pistola y le acerté una trompada de revés, él se sesgó al sentirse herido, y fué á dar de costillas sin tener lugar de preparar la otra pistola que sacó con la mano zurda, un borbotón de sangre comenzó á salir de su herida, le iba á dar otra metida cuando lo vi voltear los ojos en blanco, palidecer, y quedarse sin movimiento; preocupado quise estancarle la sangre con mi pañito, pero no era suficiente para cubrir el boquerón; me apagué á manazos mi chaqueta y chaleco que ardían del fogonazo, y sentía sólo un ardorcito en el rozón que la bala me dió abajo del anca. Ya por aquí estoy de más, exclamé, pintemos el venado antes que este asunto se divulgue, y violentamente destapé para mi casa, me mudé ropa, ensillé uno de mis mejores caballos, me llevé otro para remudar, una maleta ligera con lo muy preciso, dinero, y dejándole á mi padre un papelito dándole parte de lo ocurrido, partí á escape sin ser notado de nin-

guno, poniendo en poco tiempo mucha tierra de por medio. Mi padre volvió á las doce á la casa, luego luego le entregó uno de mis hermanos chicos mi papel, vió la ropa chamuscada y leyó lo siguiente :

« Padre mío, perdóneme si en un momento de furor al ver burladas mis halagüeñas esperanzas, he vengado por mano propia mi ofensa, en la loma de los Tepozanes dejo muerto á mi rival, y aunque con felonía me disparó un tiro á quema ropa, gracias á Dios no tengo más que una insignificante rozadura : yo marchó para la capital, escribame al mesón de la Galvana su antigua conocida ; por el amor de Dios que me perdone, en sus manos pongo mi suerte, compadézcase de este infeliz que lamenta su desgraciado amor, terrible desengaño y la mayor desventura. Su amartelado hijo. — Juan Navarro. »

— ¡ Malditas mujeres ! exclamó mi padre dándose un manazo en la frente, no hay mal que de ellas no venga ; ya este muchacho se desgració. Y luego hincándose delante de un divino Salvador que tenía muy lindo, le dijo con voz suplicante y los ojos preñados de lágrimas : — ¡ Protege á mi hijo, Divino Señor ! ¡ que tu Santa Providencia me lo guarde, y en tus santísimas manos pongo su suerte ! Se limpió los ojos, y con la carta en la mano partió para la plaza á verse con D. Julián : — Vea vd., le dijo presentándosela, este asunto ha tomado un sesgo endemoniado, aquí se versa el honor de su niña, necesitamos obrar con prudencia para evitar más fatales consecuencias, vamos por ahí discurrendo el modo de avisar á la justicia sin comprometernos. — Rompa vd. esa carta en que solito se delata Juanito, respondió D. Julián, le daremos más tiempo para que se aleje y estaremos á la mira indiferentes. Hicieron pedazos mi carta y se salieron, contándole D. Julián en breves palabras la verdad de todo. — Vamos primero á dar un vistazo por los Tepozanes, dijo mi padre compadecido del caso, no vaya á ser que ese muchacho haya dejado algún indicio y echemos á perder el negocio, pues según me dijeron, todos los amigos están por la Asunción jugando gallos. — Vamos, respondió D. Julián. Llegaron al sitio indicado y lo primero con que se encontraron fué con mi pañuelo empapado de sangre, y que en una punta tenía mis iniciales. — ¡ Qué tal ! dijo mi padre reconociéndolo,



¡ Yo soy su asesino ! ¡ Soy un infame ! ..

voy á echarlo para el río. Lo tomó con dos dedos y se fué con él para la orilla de la barranca donde aventándolo con fuerza fué á caer al agua y en un instante se lo llevó la corriente, pues por aquel sitio estaba un retajo, al pie pasa el río de Pantitlán que lleva el nombre de los pueblos por donde atraviesa y en aquel lugar va caudaloso, mientras D. Julián se puso á reconocer al peajero, y mirando que aunque la herida era grande sólo fué pellejera y la pérdida de sangre tenía á aquel hombre desmayado, dijo lleno de gozo : — No hay cuidado, D. Ramón, este hombre se salva, vamos á ver cómo damos parte para que lo vengán á levantar; yo le aseguro que no corre mayor peligro. — ¿Pero y si mientras se agrava, el sol lo perjudica ú otra desgracia ? lo arrimaremos á la sombra. — No, dejémoslo así, si lo movemos se acaba de desangrar, le cubriremos la herida con la ropa y la cara con su sombrero, en el estado en que está, lo mismo es una hora antes que después; que Juanito gane terreno es lo que importa, vámonos á ver los gallos y por allá iremos soltando el cohete. Se dirigieron para el barrio de la Asunción por diverso camino. — ¡Qué bien lo hacen vds! dijo mi padre á varios de sus amigos, entre quienes se hallaba el alcalde, aquí tengo mis cuatro y medio para una chica, no saben avisar y solitos se vienen á divertir. — Hombre, le respondió uno de ellos, ha sido esto de improviso, estos muchachos en un instante han armado sus tapados. — Y si no fuera por un incidente, agregó el alcalde, no estuviéramos aquí, la casualidad hizo que nos avisaran con tiempo, sino á la hora de ésta quién sabe qué demonios hubiera sucedido. — La cosa se iba poniendo fea, agregó un compadre suyo, ese hombre es muy ocasionado y provocativo. — Como desde que compró las pistolas, siguió diciendo otro, se le ha metido el diablo, ha comido gallo, á todos insulta, echa unas chifletas muy picantes, comenzó con el huero y ya estaba barriendo con todos, la presencia del señor alcalde sofocó el incendio, que sino á estas horas está el señor D. Julián reconociendo cortadas para certificar esencias de heridas. — Si vds. no me dicen de quién se trata, estoy como tonto en vísperas, dijo D. Julián. — ¿Cómo de quién? de D. Indalecio, ya lo conoce vd. que es tan amigo de promover disputas. — Ah, pues entonces no es extraño lo que oímos decir por

la plaza á unos transeuntes, ¿no, amigo D. Ramón? pero no decían que se había cortado el negocio, sino que se realizó, ese cuidado, el saber que para acá se vino el señor alcalde, nos trajo con curiosidad, y no sé qué especies guardo, ó qué dijeron de los Tepezanes. ¿No hizo vd. alto en eso, D. Ramón? — No, amigo D. Julián, sí oí también algo de Tepezanes pero no hice mayor caso. — ¿Si habrá encontrado por fin quien le dé lo suyo, dijo uno de los de la rueda; me desafió un tapado, se fué á traer su gallo, y ya me choca su tardanza. — Habrá ido á Jerusalén á traer el que le cantó á San Pedro, respondió otro. — Puede que ande correteando por Tacotalpa para conseguirlo, agregó un tercero. — Me está haciendo títere eso de los Tepezanes dijo el alcalde, ¿qué cosa se infirió vd. de eso, señor D. Julián? — Que allá habría sido la contienda, y como ese sitio convida para un lance de esos por ser tan solitario, el retajo tan alto y la profundidad del río, no era extraño que allí hubiera sucedido un lance feo. — Saldremos de la duda, mira huero, anda á la lomita de los Tepezanes, ordenó el alcalde, echa un vistazo por allí, y nos vienes á avisar, mientras le ganaremos á mi amigo D. Ramón sus cuatro y medio, y nos vamos á tomar la sopa porque ya las tripas grandes se quieren comer á las chicas, casen por ahí, y amarren muchachos, esta es la moza.

Apenas había acabado de perder sus cuatro y medio, cuando regresó el huero corriendo, y muy azorado le dijo al alcalde: — Allá está tirado el peajero con las tripas de fuera. — ¿Lo viste bien, hombre? preguntó D. Julián. — No, señor, desde lejecitos, está hecho un lago de sangre, con tanto socavón por un ijar. — ¿Qué tal! exclamó el alcalde, bien decía yo que ese hombre tenía facha de poco vivir; mire D. Benito, vaya vd. con este muchacho al juzgado, tráigame prontito el bastón y demás cachivaches, que vengan cuatro hombres de la guardia con un petate ó cualquiera otra cosa para levantarlo, y á vd., señor D. Julián, le suplico que nos acompañe. Vamos, señores, no me dejen solo. — Vamos, respondieron todos haciendo mil comentarios muy desfavorables para el infeliz difunto, y otros compadeciéndolo pues luego lo supusieron muerto.

A poco llegó D. Benito, comenzó la fórmula de las primeras

diligencias de un proceso, y el alcalde siguiendo la antigua costumbre y diligencias del caso. Mandó formar un círculo rodeando el cadáver á todos los concurrentes que se quitaron el sombrero, descubrió el rostro del difunto, empuñó su bastón, le descansó la punta en el estómago y con voz clara y distinta, preguntó con tono firme: — Indalecio, en nombre de Dios y de la ley, responde á la autoridad que te interroga, ¿quién te mató? y se puso en actitud de escuchar mirando uno por uno los semblantes de los que le infundían algunas sospechas; dejando pasar un intervalo repitió segunda y tercera vez su pregunta, y no habiendo tenido ninguna contestación ni algún indicio que denunciara al agresor, dijo: — En el supuesto de que Dios no te da licencia para responder, su Divina Majestad toma á su cargo este asunto, y él te haya perdonado. Señores, muerto está, tarde llegamos, asiente esta declaración por diligencia, y quede abierto el proceso para los efectos á que haya lugar; señor facultativo, ya puede vd. poner mano sobre ese cadáver que lo encomiendo á su eficacia, y espero me remita el certificado respectivo que debe acompañarse al expediente; y prosigase desde luego á las averiguaciones consiguientes.

Empzaron á buscar rastros, indicios, y de todo se pudo sacar en limpio, que un rastro de sangre, que hizo mi padre al llevar á tirar mi pañito, estaba indicando que el agresor se retiró también herido hasta la orilla del retajo, confirmando esa sospecha, al que los tacos de la pistola descargada que tenía el peajero en la mano derecha estaban en la misma dirección, y avanzaron hasta creer que el herido temiendo tal vez las consecuencias, atarantado por su crimen, y desconocedor del terreno por allí se precipitó encontrando su sepulcro en el fondo del río, que arrebatado por la crecida corriente, quien sabe hasta dónde habría caminado su cuerpo. Todo quedó asentado y autorizado en forma, echaron al herido en un petate, no teniendo allí depósito, D. Julián hizo que lo condujeran á la botica, á fin de que al volver en sí, no fuera á soltar algunas expresiones que comprometieran el lance ó lo aclararan; antes de llegar á su casa, en la entrada de la plaza, se agrupaba la gente á ver al matado, corriendo las plazeras y tortillens guiadas de la curiosidad, haciendo mitote con sus

exageraciones. Victorina ya repuesta del ataque que tuvo, percibió algo de la boruca y se puso á ver por una ventana. — ¿Qué sucede por ahí, señora? preguntó á una mujer que venía de la bola. — El matado, niña, el matado que está horroroso. — ¿Pero quién es? dijo sobresaltada. — No se le distingue la cara, pero es gente decente, tiene pantalón de paño. — ¿Claro ú obscuro? — Obscuro, niña. — ¿Pero quién viene con él? — Su papacito de vd., y D. Ramón Navarro muy tristes. Esto acabó de confirmar las sospechas de aquella infeliz criatura, cerró la vidriera, trató de salir á la calle, dió algunos pasos delirante diciendo: — ¡Es Juanito, Juanito de mi alma! y dando un fuerte golpe en el suelo, le volvieron á repetir las convulsiones con mucho más fuerza, y á menársele la barriga de una manera singular; al ruido ocurrió el dependiente de la botica, gritó á la criada, y entre los dos la acomodaron en el estrado, quedándose la mujer cuidando que se golpeara lo menos posible, el dependiente mandó avisar á D. Julián que viniera pronto que urgía, luego luego se imaginó para lo que sería, llegó presuroso mientras mi padre seguía custodiando al matado que llevaban en el petate, descansándolo de trecho en trecho. — ¿Qué sucede? dijo D. Julián al dependiente que lo esperaba en la puerta de la botica. — La niña tiene un mal horroroso, toda se está golpeando, quién sabe si á la hora de esta ya... Se metió precipitado, y aunque los nervios algo habían cesado de sacudirle, el otro mal seguía de grado en grado atormentándola, anunciándose con una fuerte hemorragia; la condujeron á su cama, el peajero fué puesto en otra pieza distante, mi padre se retiró á comer compadecido de ver á D. Julián que no hallaba á quién atender primero, como loco ordenando y disponiendo medicinas para uno y otra, no queriéndose valer para su hija de ninguna partera, por no divulgar la situación en que se hallaba; por fin, á las cinco de la tarde quedaba el peajero perfectamente curado y asistido por un criado que no se despegaba de su cabecera, y poco después de media noche fué el mal parto de Victorina, sumamente difícil y cruel, debiendo el no sucumbir en el acto, á la buena inteligencia y cuidados de su papá, quien á pesar de eso, no pudo evitar las consecuencias de un lance tan arriesgado; á los seis días de

esa catástrofe expiró en sus brazos haciéndole un encargo para mí, y recibiendo la bendición paternal; subió su alma á gozar de Dios, dejando al afligido papá anegado en llanto y en profunda pesadumbre.

Yo supe por mi padre su fallecimiento, y no dejaba de hacerme títere haber sido la causa de la muerte del padre, de la madre, y de la cría. Feliz matrimonio, decía yo irónicamente, ya la madre y el hijo marcharon primero, esa fué mi intención al verle tamaña barriga, y no sé qué poder sobrehumano contuvo mi brazo en aquel instante, y sólo me contenté con decirle ¡maldita seas! y me salí hecho un demonio. El tata aun no está fuera de riesgo, pronto tal vez irá á reunirse con su familia, que Dios los ampare. ¿Pero, Señor, que haya yo sido tan bestia que ni por las narices me dió semejante cosa, que no llegué á conocer que estaba yo elevado hasta los cuernos de la luna, y era víctima inocente de la cofradía de San Cornelio? ya se ve, la confianza mata al hombre, ya esa frágil criatura está juzgada de la mano de Dios, que su Divina Majestad le haya perdonado sus extravíos y colocado en su santa gloria, yo le perdono de todo corazón y compadezco su suerte desgraciada. Descansa en paz, Victorina, pues á pesar de tu perfidia no puedo aborrecerte, recibe esta lágrima dedicada á tu memoria, y no te olvidaré en mis pobres oraciones.

A los veinte días estaba ya D. Indalecio declarado fuera de riesgo, y como estaba abierto el proceso de aquel hecho, D. Julián trató de prevenirlo diciéndole: — Ya vd. está fuera de riesgo, y de su adversario esta es la hora que no se sabe de su paradero, todas las probabilidades confirman que se retiró herido hasta la orilla del retajo, ¿vd. está cierto de haberle pegado un balazo? — Sí, señor D. Julián, le confieso mi pecado, yo le tenía miedo, y antes de darle tiempo de que se previniera, le apunté al corazón y le solté el tiro en el pecho, de modo que esas sospechas, ese rastro de sangre y demás averiguaciones son muy ciertas, D. Juan fué á dar al río y allí acabó de perecer. — Pues en obsequio de su propia conveniencia, estudie vd. el modo de salvarse; D. Ramón está loco porque no sabe quién, cómo, ni adónde le den razón de su hijo, desde ese día fatal desapareció de su casa, nadie lo ha visto salir del pueblo ni en-

contrado en los caminos, en fin, si vd. no baraja el negocio y luego que se restablezca se larga por ahí muy lejos, tarde ó temprano se sabe la verdad y no le arriendo las ganancias, nunca falta un yo lo vi, y cuando vd. mejorsalgava á acabar sus días á un presidio. — No tenga vd. cuidado, señor D. Julián, le agradezco el interés que por mí se toma, conozco sus razones y voy á retibir sus consejos. — Pues entonces voy á dar cuenta de su mejoría para que le vengan á tomar declaración y cierren el proceso; estudie bien su lección, cuidado con una palabrita, una frase que lo vaya á condenar. — Pierda vd. cuidado que ya tengo pensadas mis respuestas y declaración.

Fué el alcalde con su secretario y testigos, después de las generales y juramento de estilo, D. Indalecio declaró que la mañana del día de su accidente, había tenido en el peaje una acalorada disputa con unos pasajeros que trataban de defraudar á la Hacienda Pública, excusándose de pagar el peaje de una partida de jumentos. Es verdad que yo me propasé y les dí unos trancazos, ellos se vinieron para la plaza y yo me fuí á las tapadas. Cuando me separé para ir á traer un gallo para un tapado que desafié, me los encontré por los callejones, y tapándome la cabeza con un zarape me llevaron hasta los Tepozanes, en donde uno me dió una metida diciendo: — Estamos á mano, golpe por golpe. Yo disparé un tiro á uno de ellos, é ignoro si le pegué ó no, mi herida no me dió más tiempo que de sentarme, me atacó un fuerte desvanecimiento y este es el hecho.

— ¿Pero vd. no conoció á alguno? ¿no recuerda sus señas, sabe sus nombres, de dónde son, ó en fin, cualquiera cosa que pueda darnos algún indicio? — No, señor, absolutamente hago memoria, confundo todas las especies, ese día me desayuné por humorada con café, le eché un poco de catalán, y como nó lo acostumbro estaba mi cabeza quién sabe en qué artes. — ¿Y qué pide vd. contra la alevosa mano que ha derramado su sangre? — Yo nada, señor alcalde, me bajo de querella, pues más bien creo que mi desgracia ha sido un justo castigo del cielo para corregir mis excesos. — Asíéntese todo lo dicho, ciérrase esta sumaria, dijo el alcalde, archívese para incidente por si acaso fuere útil para instrumental en lo sucesivo. Y ahora hablando aquí como amigos, le aconsejo, D. Indalecio, que no le

busque ruido á sus costillas, es vd. muy provocativo, abusa del destino que ocupa, aquí ha confesado que se propasó con esos infelices, que el catalán le hace efecto, y que tiene sus humoradas de desayunarse con él, y donde se le vaya un poquito la mano y me promueva mitotitos insultando á mis vecinos que sou medio quisquillosos y no se dejan faltar, ó le aciertan una trasteada más céntrica ó tengo que remitirlo amarrado para la ciudad, haciendo resucitar esa causa que se va á sepultar en el archivo; mire cómo se conduce y Dios quiera que se restablezca.

Un mes después de la declaración ya estaba casi sano, además de los consejos de D. Julián le metió más el cerote las amonestaciones del alcalde, y luego luego procuró ausentarse marchando con unos extranjeros que iban para las Californias á buscar oro. Yo en esos dos meses largos algo me paseé y no perdí mucho el tiempo, me remitió mi padre otra partida que fui á encontrar hasta Isthahuaca, terminé su realización, y porque estaba aún muy reciente la catástrofe, hice lo mismo con otro viaje y no me presenté en mi pueblo hasta al cabo de cinco meses, no salí de mi casa, me daba horror, coraje, sentimiento, yo no sé qué cosa el pasar por la plaza, aborrecía al pueblo, no quise ir á la parroquia porque cuando lo intenté, lo primero que se presentó en el cementerio fueron los sepulcros de la madre y la hija con quien quise emparentar, estaba en mi casa violento pues luego que tenía el gusto de abrazar á mi padre y hermanos que eran los únicos que allí me estiraban, estaba fastidiado, inquieto, ansiando por largarme. En uno de mis descansos supo D. Julián que había llegado, y me mandó un papelito reservado suplicándome mucho que lo fuera á ver para un asunto, no me pareció negarme, y á fuerza de fuerzas concurrí haciendo unos recuerdos que me destrozaban el alma; me recibió D. Julián con mucho aprecio, me metió á su escritorio, sacó de su ropero un bultito y poniéndolo en mis manos en unión de una carta de Victorina, me dijo: — En hora suprema, me hizo el encargo mi hija, de poner en manos de vd., Juanito, estas cosas, suplicándomelo momentos antes de exhalar el último aliento de su vida, y balbuciendo su nombre, pasó su alma al eterno descanso, y su cuerpo yerto quedó entre mis

brazos. Tomé la carta, era toda de su puño y letra, en ella me refería todas sus desgracias, me expresaba sus padecimientos con palabras tan persuasivas y tiernas, que de bronce que hubiera yo tenido el corazón, se hubiera ablandado considerando su eterna amargura; creí como debía la verdad que hasta ese instante apareció ante mis ojos; me pedía mil perdones porque avergonzada, temerosa, y pusilánime, me había ocultado sus pesares, los cuales fueron en aumento desde que advirtió que á fuerza se haría pública su deshonra, que si se ocultaba de mí, no era por indiferencia, mutación ó desamor, sino por bochorno y temor de contagiarme con sus irremediables pesares, que desvaneciera mis infundadas sospechas, que nadie había ocupado su corazón más que yo, que considerara su pena al tener que huir de mi presencia; que cuando salió resuelta á descubrirme todo, me violenté y sin atender razones la llené de injurias, la maldije y por último, que si mi amor era puro y sincero como el que ella me tenía, que diera gracias á Dios porque la quitaba de padecer, que recibiera mis prendas, que exhalara un suspiro, echara una lágrima, y le dirigiera una plegaria por el amor de Dios, pues ella iba empeñosa á suplicarle, que me colmara de felicidades y le diera los consuelos á su triste y afligido padre, quien me daría la satisfacción más completa para que quedara yo convencido de su inocencia.

Yo no sé ni cómo acabé de leer aquella carta, pues agolpándose en mi mente las consideraciones de sus amargos padecimientos, me avergonzaba de haber dudado de su amor y contribuído si se quiere á abreviar su temprana muerte. *¡Yo soy su asesino, soy un infame!* Perdón, Señor, sólo mi ceguedad, los celos que me devoraban me hicieron desconocer al ídolo de mi corazón, yo he precipitado en el sepulcro á esa inocente, he multiplicado sus pesares, he acabado de desgarrar su destrozado corazón; soy un vil, un miserable. — No lo culpo á vd., Juanito, levántese, ayúdeme á lamentar su desgracia, yo mismo no sé cómo he podido sobrevivir á mi total deshonra, figúrese no más cómo estaría mi corazón al presenciar atado de pies y manos, la violación de mis dos prendas más queridas, y á quienes trataba de escapar á costa de todos mis intereses y de mi propia vida; esos mismos padecimientos de ellas los he tenido que re-

sentir doblemente, pues conocía la causa, y á esta fatal desgracia debo el encontrarme solo, lleno del más acerbo dolor y de una pesadumbre que sin duda me hará seguirlas muy pronto. — Pero no me negará vd., señor D. Julián, que yo tuve mucha parte en violentar su muerte. — No, la culpa fué mía que consentí en que la viera, queriendo con eso evitarme el sonrojo de que por mi boca supiera vd. la verdad, ese egoísmo tiene la culpa; ¿pero para qué renovar unos recuerdos tan sensibles y desastrosos? yo le ofrecí cumplir su encargo y ya está concluido, sólo me resta hacerle una súplica. — No suplique vd., señor, mándeme lo que guste. — Que en el supuesto de que ya se impuso de esa carta, me haga favor de dármela, con mil trabajos he llegado á conseguir que todos ignoren la causa de su muerte, dejándola en la mejor reputación, la multitud de rosas blancas con que vieron los del pueblo guardar su inanimado cuerpo en el sepulcro, y no quiero que exista nada que aclare este misterio que dejó depositado en el pecho de vd., de un hombre que sabrá guardarme este secreto. — Aquí está, le dije besándola, á tiempo que un torrente de lágrimas nublaron mi vista y se desprendieron. — Gracias, Juanito, gracias, mire su fin, y quemándola en una lamparita la vimos consumirse; no quise recibir mis prendas, pues siendo algunas de ellas de valor insistí en que las guardara, me despedí lleno de aflicción y volví á protestar no volver á poner un pie por allí, compadeciéndome mucho de aquella infortunada niña. La muerte de mi padre acabó de hacerme aborrecer aquel lugar, les repartí á mis hermanos y hermanas su parte, tomé la mía en numerario y me vine á tratar de establecer á San Felipe, donde calculaba comprar de primera mano á algunos partideros amigos míos, pues el negocio de las encomiendas iba cada día de mal en peor, desde antes tenía buena amistad con este taimado de mi padrino, compadre, hermano, y quién sabe cuántos más lazos nos ligan, de este Botitas, Bototas, y por fin Chepe Botas.

He aquí terminada la primera parte de mis aventuras, y como antes les dijo Chepe, después de venirme á la villa con el fin de establecerme, unas mismas aventuras nos unieron hasta la fecha: sigue tú, Chepe. — No, tú tienes más memoria y te afectas menos con semejantes recuerdos. — Pues, se-

nores, prosiguió diciendo el Tapatío, ya tenía Chepe más de un año de estar manteniendo con todas las comodidades posibles en Viborillas á su linda catrina, á su amargosa Elisa, cuando yo me establecí en San Felipe, y al paso que él procuraba cada día alejarse de ella, un cirineo se le acercaba, de manera que aquella cruz no quedó sin nazareno, yo supe las vulgaridades de que allí tenía Chepe en las Viborillas su marritas, varias ocasiones le promoví conversación sobre eso, y me emborcaba la cosa de tal modo que yo creyendo que no merecía su confianza, no volví á querer indagar más de boca del mismo; pero picado de la curiosidad de conocerla me dí mis mañas para verla, confundíndome entre la muchedumbre en un día que hubo en el pueblo una función clásica, no me pareció tan de atiro despreciable, le fui espiondo los pasos, y aunque trataba de ocultarlo, conocí perfectamente que estaba embarazada, á cierta distancia del pueblo le salió al encuentro un tal Patrañas, se la echó en la silla y la condujo para las Viborillas donde se quedó y no volvió al pueblo hasta el otro día; conociendo yo evidentemente que mi amigo Chepe vestía la muñeca y otro la bailaba, no faltó quien me asegurara que había sido al revés que Chepe era el que se enancaba; por fin, lleno de dudas y encontrados pensamientos, cogí un día á cargo á este viejo y lo obligué á que en el seno de la amistad me descubriera sus cosas, el pobre sinceramente me contó la verdad, yo había descubierto cosas que no le debían de hacer muy buenas tripas, no me pareció prudente comunicárselas, sino que tomé á mi cargo el negocio antes que él por otro lado llegara á saberlas y fuera á tomar una sangrienta venganza de aquel par de tortolitos, que arrullados en sus desvaríos descansaban en el nido, fiados en la bondad del gavilán; procuré apersonarme con el tal Patrañas á quien otras veces había fiado reses, y como quien quiere y no quiere nos fuimos haciendo como de confianza. — ¿Qué ya pensó vd. establecerse por aquí? me preguntó. — Sí, hombre, le contesté, tengo por estos rumbos una obligación que cumplir, mi mujer por incomodidades de familia y cosas que no faltan en los matrimonios, está separada de mi lado, por evitar escándalos se la he confiado á un íntimo amigo mío, á D. José Morales quien hasta ahora creo que se ha

portado como correspondía á tan alta confianza situándola en Viborillas, en donde va de vez en cuando á verla y á llevarle recursos, no han faltado malas lenguas que supongan que esa maldita sigue con sus mañas, y me han asegurado que tiene relaciones criminales con un vecino de este pueblo, y tanto que ella actualmente se encontraba embarazada, yo no he querido tomar providencia alguna hasta no conocer á ese sujeto para darle su merecido, como soy extraño aquí y no tengo relaciones, quiero que vd. me haga un servicio de hombres, que me ayude á averiguar quién es uno que se la echó en la silla el domingo hace quince días, como á las doce del día en el último jacalito de la salida, llevaba un caballo mascarillo, y no me supieron decir si era colorado ó retinto, el caso fué que no sólo la fué á dejar á Viborillas, sino que allí se quedó con ella hasta otro día; voy á ponerles su trampa para que caigan juntos en mis manos, pero por si se me frustrare quiero saber quién es ese guapo, dónde vive, y por dónde anda para que nos demos un topetón, yo podría fácilmente informarme de mi amigo José, pero ya que él bastante ha hecho con aguantar esa molesta encomienda, no quiero comprometerlo en un lance, y conmigo solo basta para vengar mi honor ultrajado con la sangre de esos infames. ya tomé á cargo este negocio y si no se me escapan de entre las manos, bien pueden desde ahora mandarle al campanero que doble por ellos. — Señor D. Juan, me contestó aquel hombre todo demudado, yo no conozco á ninguno que sepa que tiene por ahí sus dares y tomares, pero para corresponder á su confianza yo me informaré en estos días, y para de hoy en ocho le daré una noticia segura, mientras creo que sería bueno que suspendiera vd. sus procedimientos para no errar el golpe. — Gracias, amigo, voy á seguir su consejo, y le suplico que se reserve todo, pues sólo en la confianza de amigos le he descubierto mis planes; con que hasta de hoy en ocho nos veremos, amigote, adiós. — Adiós, señor D. Juan, me respondió, para de aquí á ocho días. Siguió diciendo solo Patrañas: te quedarás con tu venganza en barbecho y los cuernos más grandes que un venado tras añejo, y yo decía: — Poco plazo se ha tomado este bribón, ocho días, voy á ver cómo entretengo á Chepe para que no les vaya con su

presencia á entorpecer su fuga, esto no tiene remedio, yo no encuentro otro modo de que desaparezca y el pobre marido siempre ignore el estado en que se encuentra, si no fuera tan maleta y mañosa era capaz de disimular su falta y hasta á ayudarle á entompear á Chepe, pero cuando sólo por vicio se prostituye y es liebre corrida, en su salud lo hallará; el que por su mano se lastima, que no gima; si fuera una niña sin experiencia, y la miseria, el maltrato fueran los que la hubieran precipitado y obligado á ser infiel, en fin, que tuviera yo siquiera una razón en su favor, puede que en obsequio de la amistad le concediera alguna indulgencia, el tal Patrañas al hacerle mi confianza estuvo como los camaleones mudando de color en cada esponjada, ojalá que no me ponga en el compromiso de darle una buena safacoca y tener yo que ocultar á esa maldita cusca de venas azules, y sangre de... drago, que es pasto de ciervos.

Como al pretender Patrañas á la dicha Elisa, le contaron que era casada y que Chepe la tenía de tapaojito, no trató de averiguar más por entonces, luego en sus conversaciones cuando quiso tener de ella más informes, Elisa le barajaba la conversación conformándose mejor con pasar por querida de su esposo por tal de ocultar su vida anterior tan llena de infamia, y no parecer á los ojos de su amante tan pérfida, criminal y sin vergüenza como había sido, con eso no adelantó gran cosa en sus aclaraciones, y vivía en la misma duda, no siéndole difícil creer lo que yo le descubrí.

El hombre tenía otra mujer en el pueblo viuda de un matancero que hizo allí su fortunilla, muerto éste, Patrañas que era su destazador ó carnicero, ocupó su lugar enredando las espuelas con la viuda, que por ser la dueña y una mujer de mucha más edad, me lo tenía en un puño y no estaba nada contento, además tenía mil drogas personales que la señora se excusaba á pagar, el hombre estaba mal, diariamente tenía reyertas y sinsabores, por lo que reuniéndose el compromiso en que estaba y apesándole el pellejo á fierro con mis amenazas, procuró cuanto antes dar la estampida cargando con Elisa, al otro día con mil precauciones llegó á Viborillas muy azorado diciéndole: — Mal estamos, querida, ya nos llegó la

lumbre á los aparejos, tu marido lo sabe todo, necesitamos por nuestra propia conservación y la de esa criatura que llevas en el vientre ponernos en salvo, está hecho un león, quiere con nuestra sangre lavar su afrenta, lo considero muy capaz de eso. — Ya se ve que sí, respondió ella muy asustada. — Tú aquí solita no tienes quien te favorezca. — Es verdad. — Yo no te puedo ocultar más tiempo por estos lugares sin que nos chille el cochino. — También es verdad, y yo lo que sentiré será que le sueltes el mecate, que me abandones en tan crítica situación, por vida tuya, negrito, que no me dejes en la pelaza, siquiera porque el fruto de nuestro amor no participe del peligro que nos amaga. — Jamás te abandonaré, mi vida, soy hombre para sostener mi compromiso, pero como tu marido tiene la justicia de su parte, es preciso que huyamos de su presencia á donde no nos alcance su venganza, dispón tus cosas, carga con cuanto puedas, ya tengo dispuesto que nos larguemos mañana mismo para Santa María, allí tengo un amigo en el parador de los carros que van para el Interior, muy pronto estarán de regreso los que pasaron hace como un mes para México, ó tal vez ya estén allí, no faltará cómo colocarme con ellos mas que sea de carretero ó en la vaciada, y cuando tu marido nos busque, ya tendremos puesta alguna distancia de por medio; no pierdas tiempo pues mañana en la noche vengo por tí, voy á dar también el golpe por allá, desde por la tarde vas sacando envoltorios y los escondes en los pirús de contra la cerca para que allí me esperes, pues no quiero que tus vecinos sepan nada para que nos delaten y vayan á hacer carbón de entrego. — Todo estará listo como lo ordenas, ¿y á qué hora vendrás? — De siete á ocho de la noche, adiós, negrita. — Adiós, mi alma, y se largó Patrañas azorándose hasta del menor ruido que hacían las hojas sueltas que arrebatava el viento; ese día recogió algunos abonos de sus *patleros*, en la noche logró hacerse de la llave de la caja de la viuda, le sacó algún dinerito y alhajitas que tenía reunidas, al otro día mal barató unas reses que tenía para el abastó, se habilitó de otro caballo manso ensillado, y á buena horita llegó al sitio convenido, ya lo esperaba Elisa llena de sobresalto, colocó su envoltorio, acomodó lo mejor posible á la petaca y marcharon escudados por

la sombra de la noche llenos de temor, pues se creían perseguidos. Yo di mi vuelta á los cuatro días por el pueblo y supe que había desaparecido mi amigote, me fui para el rancho y me lo encontré abandonado absolutamente, pues los peones mirando que no parecía su señora, temerosos de que Chepe les siguiera algún perjuicio alzarón su campo y se largaron también, con alguna dificultad logré falsear la chapa del cuarto que ella habitaba y estaba casi vacío, sobre una mesita me encontré una carta dirigida á su marido, la recogí, volví á cerrar, mandé á un sirviente mío que se fuera á vivir allí y cuidara de todo, sin darme por entendido con Chepe á quien tuve entretenido por diez ó doce días, al cabo de los cuales hice un viajecito á México para realizar algunos efectos y habilitar algunos regalitos para mi novia en lo que me dilaté como un mes. En este tiempo fué José con sus once ovejas á dejarle dinero á la torcaza y se fué encontrando con caras extrañas que no supieron darle más razón sino que yo las había puesto á cuidar de todo aquello, que eran mis sirvientes y les había dejado sus semanas pagadas al irme para la capital; se volvió muy triste lleno de cavilaciones, pues hasta mi regreso esperaba salir de su incertidumbre.

CAPÍTULO VII

El gato encerrado y la cola de fuera. — Las llaves falsas. — Carta de Elisa. — Mentira sobre mentira. — El rapto desafiado. — Lamentable fin de Elisa.

Retrocedamos ahora á otro asuntito. Ya yo llevaba cerca de un año de estar avecindado en la villa y por más que hacía no encontraba cómo establecerme definitivamente, tenía cerca de cuatro mil pesos, y mientras conseguía tomar alguna finca de campo ó comprar algún ranchito, estuve rescatando algunas partidas de ganado y revendiendo, con lo que me estaba manteniendo sin desmembrar mi principalito y dándome unas paseadas en grande; arrendé una casa regular, tenía dos criados que me siguieron desde mi tierra, sus mujeres me asistían bien, tenía seis caballos de primera y me pasaba vida de marqués, divirtiéndome mis ratos con los amigos ó yéndome á charlar con José que era mi predilecto, ¿no, viejo? te quería yo mucho, muchísimo. — No porti, ventana, sino por la que asoma, grandísimo pícaro, contestó Chepe enojado; prosigue, tunante. — Proseguiré, hermano, pero no te enojés. Vamos al asunto. Este maldito á pesar de nuestra intimidad no era conmigo muy franco, hacía yo de él cuanto quería, pero del carril á adelante, pues eso de llevarme á su casa y recibirme en ella como yo lo hacía con él, jamás, ni de chanza me lo ofreció, al llegar al puentecito se despedía, y á su serrallo no se acercaba más que el ángel de su guarda; ya me había contado que tenía una hermana que se llamaba Guadalupe, tuve empeño en conocerla y burlar su vigilancia, anduve echando varias tanteadas y como se me dificultaba la cosa, más crecía mi empeño. Por fin una tarde después de muchas vueltas y planes, al atravesar la loma me pareció per-